

| RESEÑAS   |  | POESÍA   |
|---|--|--|
| <p>El autor ha propuesto una división en seis capítulos o apartados para distribuir los cuarenta y tres poemas que integran el libro: “Lo que a posesión nos llama”, “Despedidas y apariciones”, “Invierno y una acacia roja”, “Interior con ventanas”, “Altas fugadas” y “Es un decir”. Cada uno de los apartados mencionados tienen una cohesión e identidad interna, todos atados a un solo y verdadero tono que unifica todo el libro. Se trata de un poemario que plantea un diálogo con una larga tradición de poesía escrita en español y que deja ver a contraluz el anverso y el reverso de una misma moneda con la que Cote se juega su particular forma de contemplar el destino de los hombres.</p> <p>Hay poemas memorables como “Qué pájaros serán memoria” que nos deja versos entrañables como: “Cuando la noche solitaria nos pregunte / por este presente que mañana será pasado, / por lo que le ocurre a lo que no vemos / y padece, qué pájaros serán memoria”. De igual forma, poemas como “Inútil fue el regreso”, “Tríptico en playa Marbella”, “Invierno y una acacia roja”, “Luz que me habitara”, “Direcciones opuestas” y “Del arte de la pérdida”, entre otros, revelan esa vocación del poeta por darle un rostro y una voz a las reminiscencias y a las cosas que se pierden con el paso del tiempo. Así mismo, lo doméstico toma un valor fundamental en <i>Los fuegos obligados</i> porque desde lo íntimo y privado el poeta habla por todos en instantes luminosos.</p> <p>Ramón Cote es un poeta fiel a su tradición y a sus maestros tutelares cuyos diálogos el lector advierte en muchos de sus poemas. Correspondencias con Álvaro Mutis, Claudio Rodríguez, Eliseo Diego, Eugenio Montejo, Giovanni Quessep y Darío Jaramillo, entre otros; Cote ha sabido asimilar muy bien la impronta de sus maestros y ha tomado de ellos los instrumentos para reafirmar su voz propia y llenar de nuevas analogías su propuesta poética. También la formación en artes durante sus años madrileños ha logrado que Cote sea un autor en quien la imagen cobre un sentido y un significado precisos. Su imaginación figurativa permite recrear los poemas como breves postales o precisas instantáneas en las cuales</p> | <p>el lector viaja a unos climas y unas atmósferas exactas.</p> <p><i>Los fuegos obligados</i> es de esos libros que produce en el lector un deseo de regresar, de asomarse desde otras calmas a sus múltiples ventanas porque resulta gratificante contemplar una escritura en la cual la emoción convive de una manera tan acertada con la imaginación crítica en un riguroso trabajo de orfebrería.</p> <p style="text-align: center;"><b>Federico Díaz-Granados</b></p> <hr/> <h2 style="text-align: center;">Tiros por la culata</h2> <p><b><i>La piel de los teclados</i></b><br/> NANA RODRÍGUEZ ROMERO<br/> Universidad Pedagógica y<br/> Tecnológica de Colombia, Tunja, 2009,<br/> 97 págs.</p> <p style="text-align: center;">I</p> <p>LA TEMÁTICA de este libro de la profesora boyacense Nana Rodríguez (Tunja, 1956) es predominantemente urbana. Uno de los poemas de la primera sección, titulada “Reino de columnas”, nos presenta la ciudad como protagonista desde un punto de vista novedoso, desde lo alto en un avión:</p> <p style="padding-left: 40px;">Mis ojos se extravián a través de la<br/> ventanilla<br/> las nubes como corderos que pastan<br/> bajo el avión<br/> desaparecen cuando se manifiesta<br/> ella<br/> con sus líneas rectas<br/> con sus obeliscos imponentes</p> <p style="text-align: right;">[pág. 37]</p> <p>La naturaleza arquitectónica de algunos elementos descriptivos utilizados por la autora evoca atmósferas del pintor italiano Giorgio de Chirico:</p> <p style="padding-left: 40px;">La plaza es un escenario de la<br/> ilusión<br/> para un cuadro de Chirico<br/> con el paseo de las sombras que<br/> crecen<br/> hasta tocar las escalinatas de la<br/> catedral</p> <p style="text-align: right;">[pág. 19]</p> |  <p>Sobre cárcavas inmemoriales, la<br/> geometría<br/> ha construido su reino de columnas<br/> por las que circula un viento<br/> implacable</p> <p style="text-align: right;">[pág. 17]</p> <p>Dos versos sintetizan, de manera<br/> impensada, la sensación recurrente<br/> que la ciudad provoca en el diario<br/> existir de sus habitantes:</p> <p style="padding-left: 40px;">la recorres como a un bosque<br/> sin poder encontrarte en aquel<br/> bosque.</p> <p style="text-align: right;">[pág. 35]</p> <p>Hasta aquí podríamos suscribir<br/> sin mayores reservas el fallo del ju-<br/> rado del Premio Nacional de Poesía<br/> Ciro Mendía, al declarar <i>La piel de<br/> los teclados</i> como ganador de su XII<br/> versión: “libro reconocible por su dic-<br/> ción clara y consistente, de excelente<br/> factura y gran aliento poético, tono y<br/> expresividad depurados en el manejo<br/> del lenguaje y la originalidad de una<br/> voz que hace novedosos los temas de<br/> índole social y existencial tratados con<br/> indudable belleza, fuerza y sensibili-<br/> dad emotivas”.</p> <p style="text-align: center;">II</p> <p>Adhiero a las muy elogiosas palabras<br/> del jurado, pero solo parcialmente, a<br/> propósito de los contados versos antes<br/> citados. No puedo pensar lo mismo<br/> acerca de estrofas como la siguiente:</p> <p style="padding-left: 40px;">Porque el verbo no cristaliza<br/> hasta iluminar su significación<br/> para transgredir el silencio<br/> y su cámara secreta de emociones</p> |

| POESÍA  |   | RESEÑAS  |
|---|---|--|
| <p>eclosión de palabras que hago más en la vasta desolación de tierras áridas<br/>y rostros sin boca, en la emanación del agua<br/>que lava mis sentidos.<br/>[pág. 57]</p> <p>En casos como éste, la dicción clara y consistente, de excelente factura y gran aliento poético se esfuma. Lo que sí abunda, a cambio, es la verbosidad y una fe ilimitada en la presunta eficacia poética de expresiones como: “en busca de una quimera”, “terrazas del sueño”, “ritos secretos”, “inmanencia secreta”, “reino del secreto”, “cámara secreta”, “al borde del abismo”, “advenimiento del otoño”. Lo que uno ratifica al leer y releer <i>La piel de los teclados</i> es que en sus páginas la autora optó por darle rienda suelta a su locuacidad. Verso a verso, en vez de refrenarla, la exacerba.</p> <p>Un verso decoroso como:</p> <p>los botes de basura guardan<br/>fragmentos de la historia íntima</p> <p>que encaja bien como parte de una descripción doméstica, naufraga por obra y gracia de la incontinencia verbal:</p> <p>los botes de basura guardan<br/>fragmentos de la historia íntima<br/>que luego irá sin compasión a<br/>verterse<br/>en fosas de putrefacción y olvido.<br/>[pág. 33]</p> <p>Del mismo modo, la imagen de unas celosías –que “se abren como piernas de mujeres”– se malogra al añadirsele unos “gritos de gaviotas”</p> <p>que se estrellan<br/>contra el infinito<br/>y caen y caen y caen<br/>ebrias en brazos del vacío.<br/>[pág. 23]</p> <p>La estrofa del avión antes citada, que en un comienzo nos muestra la ciudad desde un punto de vista inesperado, también se deslució al concluir con un símil prescindible:</p> <p>como una maga despliega la<br/>cartografía</p> | <p>para ofrecer sueños y tragedias<br/>suicidios y besos de exiliados.</p> <p>III<br/>Cuando un autor resuelve introducir en sus poemas referencias específicas al ámbito de la escritura, nos permite apreciar el grado de autoconciencia que posee sobre su oficio. En el caso de Nana Rodríguez, en uno de sus textos manifiesta el siguiente dilema:</p> <p>Hablar o callar, escribir o guardar<br/>silencio:<br/>he ahí el dilema<br/>[pág. 45]</p> <p>Tratándose de la poesía, el dilema no consiste simplemente en hablar o callar, sino en tener en realidad algo que decir, en encontrar cómo decirlo y, permítaseme resaltarlo: <i>en no decir de más</i>, en lograr hacerlo con las palabras justas. Bien hace el maestro Juan Manuel Roca al advertir en sus talleres: “la mano que borra es tan importante como la mano que escribe”. La mano que escribe cumple una función primordial de creación y exploración, pero la mano que borra ejerce una función no menos importante: la de la autocritica. La mano que escribe genera la catarsis expresiva; la mano que borra introduce la elaboración artística.</p> <p>Cuando el autor no está alerta con la mano que borra, como ocurre a lo largo de este libro, le delega al lector la enojosa función de editarlo. En <i>La piel de los teclados</i> se nos obliga a leer editando todo el tiempo: tachando, su-</p> | <p>primiendo, corrigiendo. La ausencia de vigilancia y de autoconciencia crítica deja escapar errores gramaticales crasos, como sucede en los casos de algunas concordancias incorrectas de número entre el sujeto y el verbo:</p> <p>La ráfaga de autos que se deslizan<br/>.....<br/>son un monólogo que se pierde en<br/>el punto de fuga<br/>[pág. 31]</p> <p>Despunta el poema<br/>y un agitar de alas<br/>irradian el centro de las sombras.<br/>[pág. 57]</p> <p>Otras veces el problema radica en la adjetivación excesiva:</p> <p>La imaginación es un ave insaciable<br/>que busca lugares imposibles<br/>besos proscritos por el miedo<br/>palabras inauditas y valientes que<br/>no se pronunciarán<br/>a riesgo de una negación al paraíso.<br/>[pág. 65]</p> <p>O simplemente se trata de con-<br/>torsiones conceptuales que dejan en<br/>ascuas al lector:</p> <p>La cascada de tiempo que<br/>desciende<br/>sobre los hombros de esa mujer<br/>tiene el color del interrogante<br/>con la medida incierta de las<br/>mareas<br/>que visitan su corazón.<br/>[pág. 77]</p> <p>Es comprensible, incluso necesario, que los escritores nos engolosinemos con las palabras, que, tal y como proclamaba el glotón Pablo Neruda en sus memorias, podamos decir: “Amo tanto las palabras. Me prosterno ante ellas. Las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito. Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema”. Pero todas las palabras no caben en ningún poema, ésa es una exageración típicamente nerudiana para exaltar su belleza. Nuestra desmedida fruición por las palabras debe ser atemperada por una estricta vigilancia crítica al escribir, de lo contrario, como lo advierte por un instante Nana Rodríguez en uno de</p> |



| RESEÑAS  |   | CUENTO   |
|--|---|--|
| <p>sus textos, el riesgo de autodestrucción es inminente:</p> <p>Tengo todas las armas entre mis dedos<br/>y este dispositivo que dispara signos de izquierda a derecha<br/>palabras que quieren significar<br/>a riesgo de un tiro de culata.</p> <p>[pág. 59]</p> <p>Tiros por la culata, sí, con los que la autora se fulmina y nos ametralla:</p> <p>falacias gastadas en el papel<br/>vano trasegar de vanidades que son<br/>el día a día<br/>para alimentar langostas en busca<br/>del verano.</p> <p>[pág. 69]</p> <p><b>John Galán Casanova</b></p> <hr/> <h2>Contar por contar</h2> <p><b><i>El mar llega a todas las playas</i></b><br/>JAIME ECHEVERRI JARAMILLO<br/>Panamericana Editorial, Bogotá, 2010,<br/>132 págs.</p> <p>COLECCIÓN DE doce relatos que se deben tratar por separado. Las diferencias entre ellos excluyen la consideración de conjunto. Hay un estilo de autor, una calculada intención literaria, y lo que los críticos llaman marco conceptual. Mas, aparte de eso, resultaría impropio generalizar sobre ellos, aunque tienen en común la particularidad del público al que van dirigidos (clases altas), y la temática editorial: “Solo para adultos”. Pasatiempo no carente de frivolidad. Asuntos principales: amor, enredos pasionales, líos de familia; lo que corresponde.</p> <p>“Gertrudis baja la escalera”. Relato psicológico. El hermano, prendado de su hermana, la sigue con poco disimulo por toda la casa, una elegante mansión con escalera al vestíbulo, finos decorados, jardín, etc. Ella no es ajena a la situación y se deja admirar en silencio. Cómplice en cierto modo, su desnudez furtiva no es desconocida por el enamorado, que en ese juego</p> | <p>deja pasar los felices días de su discreto cuanto apasionado e imposible amor. La forma es limpia y sobria; el asunto verosímil; la experiencia, universal. En ocho páginas, ni una cogidita accidental de mano, ni un piquito. Todo calculado para defraudar al lector.</p> <p>“Las alas de los sombreros”. Siete páginas. Un almacén de sombreros para damas. Lo regenta su propietaria. Los sombreros no se venden. “Es solo una carnada para tocarles la cabeza a las mujeres hermosas”. Se distrae suponiendo vidas imaginarias y hasta su propia muerte. La espía su media hermana, que desea ahorcarla para adueñarse de la tienda sin que se note el cambio. Abrir a las seis y cerrar a las diez, teniendo cuidado de que nadie la espíe.</p> <p>“Cuerda floja”. Dieciséis páginas. No se sabe cómo y por qué fue que la cosa empezó, ni cómo concluye. Ella delira en interminable pesadilla. Atada a la cama. Vigilada. Ignora por qué. El personal de la clínica actúa con total indiferencia. Su pensamiento es racional, pero nadie cree en sus palabras. Relato sin comienzo ni fin, sumido en la irrealidad.</p> <p>“El orden riguroso del mundo”. Siete páginas. Irreal. Una ciudad en la que todos sus habitantes quedan confinados en sus viviendas por orden superior y nadie puede salir.</p> <p>“Mal-humor”. Dos páginas. El narrador dice vivir en un país maloliente, cuyo nombre no menciona, pero parece fácil de adivinar.</p> <p>“Escritor fantasma”. Una página. El narrador dice vivir en un país tan revuelto que nadie sabe nada de nada. No menciona su nombre, pero parece fácil de adivinar.</p> <p>“Cena de Navidad”. Una página. Añoranza del padre, con burdo final.</p> <p>“Método de seducción”. Diez páginas. Ni cuento ni relato. Descripción de mujeres. Como el título anuncia: manual, ensayo o introducción a las artes amatorias. Por tanto: truco, estratagema, astucia, malicia, engaño, que de todo eso está hecho lo que se ofrece como amor. Son las mejores páginas del libro: bien pensadas, mejor escritas, más interesantes, realistas, instructivas para muchos.</p> <p>“Claudia piernaslindas”. Trece páginas. Empieza así: “Resta, testa,</p> | <p>contesta, floresta, fiesta, todos hacen la siesta en clase, menos Claudia y yo”. Relato entremezclado en las voces del autor y un niño que puede ser el mismo autor. El niño en su inocencia está enamorado de Claudia. Se limita a escribir su nombre en los cuadernos, y a ir tras ella de modo natural, sin despertar sospechas. La herencia viene por tradición: la mamá de Piernaslindas es Piernaslargas. El niño precoz no se expresa como niño sino como escritor, de donde se deduce que el autor olvidó cómo ser niño. Además, interviene el profesor con sentencias académicas. Y está muy mal que, cuando un niño habla, los mayores interfieran.</p>  <p>“...non, rien de rien”. Diez páginas. Una de esas conversaciones inútiles entre amantes. Cuando él intenta mirarla, ella se ha esfumado sin que él se diera cuenta.</p> <p>“La luz del agua fresca”. Ocho páginas. Ella, profesional, se deja seducir por un hombre que no le conviene. Vicioso. La humilla. La arruina. Le deja un bebé.</p> <p>“El mar llega a todas las playas”. Diez páginas. Por casualidad, ella lee una carta que no le está dirigida, por la cual se entera de la otra parte de la vida de él. El título del relato se explica en esta frase: “El amor no es un río, es el mar, llega a todas las playas”. Fragmento destacable: “No me considero autorizado para engendrar seres que no tienen posibilidad de elegir”. Final: “Aunque la carta no es para ella su nombre está allí. Lanza un largo suspiro y empieza a leerla otra vez”.</p> <p><b>Jaime Jaramillo Escobar</b></p> |